

## FRANTZ FANON Y LA FOBIA REVOLUCIONARIA

POR

ENRIQUE DÍAZ ARAUJO

«Entonces los rufianes, los granujas, los desempleados, los vagos, atraídos, se lanzan a la lucha de liberación... El hombre colonizado se libera en y por la violencia. Esta praxis ilumina al agente porque le indica los medios y el fin». «*Los condenados de la tierra*», págs. 119 y 77.

La fobia es una obsesión compulsiva que deriva en una neurosis de angustia y cuyos contenidos son variadísimos. Así como se dan las claustrofobias, las hidrofobias, las agorafobias, etc., cuando un individuo siente un miedo irrefrenable a una normal inserción en una sociedad dada, se puede provocar, por reacción, un odio tenaz y una incoercible actividad destructiva contra ese objeto de sus patológicos temores. Los especialistas en psiquiatría (1) no vacilan en incluir estas neurosis dentro del campo de las anomalías típicas del pensamiento. La pugnacidad del caso que específicamente nos interesa considerar concurre, generalmente, con un fanatismo ideológico de obvio signo revolucionario. Además, en estas personalidades anormales se suelen combinar estos factores con un desarrollo paranoico de tipo querellante, en el cual, el delirio de «injusticia» —crónico y sistematizado— adquiere una dinámica notoriamente peligrosa para sus congéneres.

Este somero cuadro clínico que trazamos lo juzgamos indispensable para adentrarnos en el conocimiento de la conducta y obra del

---

(1) (Por ejemplo: Juan Antonio Vallejo-Nájera, *Introducción a la Psiquiatría*, Barcelona, 1968, págs. 114-116; y Honorio Delgado, *Curso de Psiquiatría*, Barcelona, 1963, pág. 52).

más afamado de los teóricos contemporáneos de la violencia revolucionaria: Frantz Fanon. Porque si sinceramente queremos hacer un esfuerzo comprensivo de las motivaciones de este genuino profeta del odio de nuestro tiempo, tenemos que intentar aproximarnos a esa fuente oscura de sus angustias compulsivas. Si de entrada no advertimos que estamos en presencia de un hombre desesperado —desde niño—, por el color de su piel y atormentado por su objetivo apatridismo, no podremos entender nada del envenenado mensaje intelectual que legara a sus coetáneos. ¿De dónde, si no, brota este «nacionalismo tercermundista» sañudamente antioccidental?

Pero, para que el lector se ubique en las circunstancias elementales de su vida, veamos, antes que nada, sucintamente su biografía.

Frantz Fanon nació en Fort-de-France, capital de la colonia francesa de la Martinica, 20 de julio de 1925; y murió, de leucemia, en el Hospital de Bathesda, en Washington, Estados Unidos, el 6 de diciembre de 1961. En 1943 se enganchó en el ejército gaullista para combatir en la Segunda Guerra Mundial. Becado como ex-combatiente ingresó en 1946 a la Facultad de Medicina de Lyon, donde se graduó en 1952. Desde 1953 a 1956 desempeñó como jefe del servicio de psiquiatría del hospital de Blida en Argelia. Por entonces colabora con el «Frente de Liberación Nacional», hasta que su actividad clandestina es descubierta y tiene que renunciar, marchándose a Túnez donde se une al «Gobierno Provisional Argelino» que preside Ferhat Abbas. Allí, a más de trabajar como médico en los hospitales de Túnez y Manuba, se erigió en editorialista de «El Moudjahid», órgano periodístico de la guerrilla argelina. Sus últimas labores fueron de corte diplomático en Ghana y en Guinea hasta que la enfermedad lo obligó a internarse. Durante ese trayecto vital ha escrito: «Peau noire, masques blancs...» (Piel negra, máscaras blancas) (también traducida como: «¡Escucha, blanco!»); «Sociología de la Liberación» (también traducida como: «Sociología de la Revolución»); «Los condenados de la tierra», y «Por la revolución africana»; obras que lo convierten en el mayor pensador del socialismo tercermundista.

Examinada la ficha, vayamos al caso.

Enfocada un poco más analíticamente, esta vida nos presenta los siguientes rasgos. De la etapa martinicana juvenil, su principal biógrafo, *Peter Geismar*, extrae estas conclusiones: «Fanon pasó parte de su juventud holgazaneando y hablando con otros estudiantes»; sus padres son funcionarios civiles de la colonia y pertenecen a «las capas superiores de la clase media»; recibe una educación francesa esmerada, aunque él evite «habitualmente las clases de educación religiosa de los sábados»; es influido por el poeta negro *Aimé Césaire*, miembro del Partido Comunista, alcalde de Fort-de-France y diputado al Parlamento francés, quien, en 1956, funda el «Partido Progresista» para luchar «por el socialismo en el Caribe». Con Césaire, su profesor del Liceo, Fanon se adhiere sucesivamente el comunismo, a la «negritud» y al marxismo heterodoxo (2). Es decir, que en él se dan las notas típicas de casi todos los líderes revolucionarios: una ubicación social muy alejada del proletariado, una irreligiosidad completa y una prematura inserción en el izquierdismo. Estudiando medicina en Francia aumenta esa inclinación: «constantemente asistía a debates, frecuentaba las reuniones de izquierda»; activismo que redundaba en «las lagunas que había dejado en su preparación científica». Junto a las omisiones en los estudios profesionales especifica despunta el gusto por las lecturas desordenadas de Freud, Marx, Nietzsche y Sartre. De ahí que sus primeros escritores sean «piezas de un izquierdismo existencialista melodramáticas» (págs. 54-56).

Todos los datos ya apuntados pueden producir una imagen trivial del izquierdista vulgar, o, si están alimentados por un fuego más oculto, de la de un revolucionario más notable. En Fanon se da la segunda situación. Y la razón —o sinrazón— está en la anomalía de su personalidad. Es él mismo quien lo confiesa en su primer libro:

«Yo me rebelo contra toda comprensión paternalista... lo importante es saber si le es posible al negro superar su sentimiento de disminución, de expulsar de su vida el carácter compulsivo que le asemeja tanto al comportamiento del

(2) *Fanon*, Granica, Bs. As., 1972, págs. 19, 20, 23, 29, 30, 31, 40.

*fóbico. En el negro hay una exacerbación afectiva, una rabia de sentirse pequeño... es un objeto fóbigeno, angustiígeno... Ante el blanco, el negro tiene un pasado que valorizar, una revancha que tomarse... Iba a probar mis incisivos... ¿Cómo? ¿De manera que teniendo todas las razones del mundo para odiar y detestar se me rechazaba?... Delimitado el campo de batalla, entré en liza... ¡Iban a ver!... Sentí nacer en mí las hojas del cuchillo. Decidí defenderme... Vergüenza y desprecio de mí mismo... Aquí y allá soy prisionero del círculo infernal... ¿Dónde situarme? ¿Dónde, si ustedes prefieren, me meto? Martiniqué, originario de «nuestras» antiguas colonias, ¿dónde podría esconderme?... En vista de que en el plano de la razón no había acuerdo posible, me lancé hacia la irracionalidad... Quería ser típicamente negro, no me fue posible. Quise luego ser blanco, más valía reírse» (3).*

Las palabras transcritas valen por sí solas para probar cuál era el estado mental de su autor; no obstante, y a mayor abundamiento, lo confirmamos con la información de su biógrafo. Dice Geismar que el libro fue escrito en un estado de «situación límite» entre la cordura y la locura, con una «profunda confusión» por «las depresiones agudas o inclusive en las crisis nerviosas»; que se traduce en un estilo poético-prosaico usado «irracionalmente, casi sensualmente». E indagando por las circunstancias de la gestación de la obra, da con el drama del racismo negro que vivía Fanon. Al embarcarse en La Martinica en su buque de guerra para el Africa del Norte parece que sorprendió a unos oficiales blancos haciendo el amor con unas voluntarias negras; allí «se produjo una crisis». Luego en Tolón, cuando la celebración de la victoria aliada, vio «a mujeres francesas bailar con prisioneros de guerra italianos; eran las mismas mujeres que habían rechazado a los reclutas negros franceses». Por tal motivo, Comenta Geismar, «en el momento que regresó a su tierra natal, algunos de sus más amargos sentimientos habían madurado ya». La fobia seguirían creciendo, al punto de suponer que en Lyon «ni siquiera las prostitutas querían a los clientes negros». La verdad es que él mismo, en esa

(3) *Piel negra, máscaras blancas*, Bs. As., Abraxas, 1973, págs. 25, 27, 186, 95, 94, 97, 96, 93, 101, 109.

ciudad, tuvo una «liaison» con una estudiante blanca, y cuando ella quedó embarazada no sólo no se casó sino que se negó a reconocer a la hija nacida de ese encuentro. Lo llamativamente paradójico de este asunto es la conclusión que tanto él como su biógrafo sacaron: «Lleno de vergüenza y de odio a sí mismo, se apartó del mundo blanco, donde resulta evidente que si alguien lo apreciaba no era por su color» (4). Esta apreciación es absurda, como lo es la del propio Fanon cuando le imputa a la novelista negra Mayotte Capécia el acto «nauseabundo» de haber propuesto el personaje de una negra atraída por hombres blancos. La «negritud», en él, no es sino odio racial y venganza sexual, «fobia», en definitiva.

¡Escucha, blanco! es, «en realidad, el diario de un intelectual que está recobrándose del trauma producido por una tardía introducción en el mundo occidental», afirma Geismar (5). Lo cierto es lo contrario: su acceso a la cultura latina había acontecido temprano, y el trauma psíquico empezaba a desarrollarse, sin recuperación posible, tardíamente. Lo que sucede es que la fobia anti-blanca se orienta y polariza luego en otros tópicos. Así, la «Sociología de la Liberación» (6) es ya, según Geismar, «un estudio sociológico del nacionalismo tercermundista... una elaboración de la idea de que el poder de la revolución residía en una mutación radical de la sociedad argelina a partir de 1954... La anterior preocupación del autor por las cuestiones raciales se ha disuelto en un vigoroso movimiento hacia la revolución». Y para corroborarlo, trae la cita del «diario» de Fanon donde éste expresa que ha pasado a «la libido de la revolución» (7). En verdad, tales palabras prueban lo contrario: el odio racial sólo se ha sublimado y transformado en la fobia revolucionaria.

Acá ya tenemos como telón de fondo la rebelión argelina, cuyos hechos reales, lamentablemente, por razones de espacio, no podemos detallar. En todo caso, el lector puede acudir a obras bien

(4) *Op. cit.*, págs. 57, 28, 29, 41, 48, 53, 55, 57.

(5) Pág. 14.

(6) Bs. As., Testimonio, 1970.

(7) *Op. cit.*, págs. 118, 14, 167.

documentadas, tales como «La esperanza traicionada» de Jacques Soustelle, la «Historia del Frente de Liberación Nacional» de Jacques C. Duchemin, «Secretos de Estado» de J. B. Tournoux, «La guerra moderna y la lucha contra las guerrillas» del jefe de paracaidistas Roger Trinquier, «Autopsia de la guerra de Argelia», de Ph. Tripier o las apasionantes novelas de Jean Lartéguy sobre los «centuriones» y «pretorianos» que tuvieron que enfrentar esa guerra revolucionaria. En síntesis, se trata de la «guerra sucia» propuesta por los guerrilleros fellaghas (violaciones, castramientos, degollaciones y terrorismo a granel) que dio con el contraterrorismo de los franceses (en el que se destacaron las tropas de Bigeard, Trinquier, Massu y el «V Bureau» de Goddard). Violencia por violencia, triunfaba la segunda, cuando De Gaulle traicionó a la Argelia francesa en Evian, dando así pábulo a la teoría de «la invencibilidad de la rebelión».

¿Cuál era el papel de Frantz Fanon en medio de esta guerra sucia? Sus apologistas pretenden que al comienzo era un simple médico psiquiatra que, ante el espectáculo de la lucha anticolonialista y las torturas físicas o psíquicas de sus pacientes árabes, se enciende de indignación y se pasa al FLN. No hay tal cosa. «Yo abandoné Argel e ingresé al Hospital Psiquiátrico de Blida, que tenía la reputación de ser un nido de fallaghas», nos informa el propio Fanon en su «Sociología» (8). Allí, por lo menos, se puso en contacto directo con la guerrilla a través de intermediarios como Lucien Guerrab, Charles Geromini, Lacaton y Pierre Chaulet. Desde 1955 escribe para los diarios clandestinos del FLN y «después de su encuentro con Chaulet, prestó asistencia médica al administrador máximo del FLN en la zona de Argel..., también guardó armas y municiones en los pabellones del este». Pero lo extraño, como agrega Geismar, es saber «por qué Fanon escapó a la prisión durante su permanencia en Blida..., es curioso que Fanon se haya librado de los castigos más severos» (9). La explicación tiene un nombre propio: *Francis Jeanson*. Este profesor de filosofía, prolo-

(8) Pág. 145.

(9) *Op. cit.*, págs. 85, 86, 88, 99, 102.

guista del ¡*Escucha, blanco!*, era la cabeza de una red de espionaje descubierta y caratulada luego como la «red Jeanson», que operaba en la metrópoli —con las bendiciones de Jean-Paul Sartre y su conocido séquito de la «nouvelle gauche»—, con contactos con los sucesivos gobiernos franceses y que constituía una auténtica quinta columna («VIII Wilaya» era su rótulo entre los fellaghas), a la que no eran ajenos ni el propio Jacques Chevalier, ministro residente en Argelia y luego ministro de Guerra. Es decir: el clásico emboscamiento de los intelectuales instigadores de las guerrillas revolucionarias en todo el mundo, que desde sus parapetadas posiciones organizan el sabotaje, el espionaje y la traición, sin correr mayores riesgos.

Descubierto, Fanon pasa a Túnez a trabajar con Yazid y Abane Ramdane, secuaces de Ben Keddha, el líder ultraizquierdista del G. P. R. A., y enemigos de Ferhat Abbas, quien «representaba una poderosa tendencia que Fanon aborrecía». Dentro mismo de ese subgrupo, la violencia artera era una regla establecida. Anota Geismar: «Fanon era consciente de las serias diferencias de opinión que existían en el seno de la revolución; sabía que las camarillas de poder rivales no habían vacilado en ordenar eliminaciones. Pero no creía que fuera útil dar a conocer públicamente los fratricidios políticos ... Los amigos de Fanon, que en la actualidad viven en Argelia, sostienen que después de 1960, éste se sentía, cuando menos, *angustiado al hablar de la revolución*» (10). Vemos aquí cómo el odio es un «boomerang» recurrente que abraza a los revolucionarios y que, en el caso de nuestro personaje, agrava sus originarias angustias fóbicas. Por lo demás, como lo narra Renate Zahar, «la muerte de Abane Ramdane, su compañero de lucha política y su amigo, debió ser un fuerte golpe para Fanon, máxime que en «El Moudjahid» tuvo que dar la versión oficial, falsa, sobre su muerte. Abane Ramdane fue asesinado sobre la frontera argelino-marroquí por manos argelinas» (11). Mayor aún debe haber sido su preocupación

(10) *Op. cit.*, págs. 170, 172.

(11) *Colonialismo y enajenación. Contribución a la teoría política de Frantz Fanon*, Bs. As., Siglo Veintiuno, 1972, pág. 6.

cuando le volaron el jeep que conducía, como «parte de un intento de asesinato de las propias filas de la revolución», lo que le obligó a internarse en un hospital de Roma, lejos de sus queridos fellaghas. Sin embargo, de nada de esto habla Fanon en su «Sociología». Este libro, ni es un « estudio » sobre el colonialismo ni una descripción objetiva de la lucha argelina. Es, lo dice Geismar, «un manual para uso de los cuadros del F. L. N.» (12). Y, como panfleto que es, empieza por el slogan de que «ninguna rebelión ha sido jamás vencida» (13), justamente en el momento en que el general Challe, con una serie de operaciones, destruía Wilayas enteras del A. L. N., brazo armado del FLN. Desenvuelve luego Fanon el objetivo central de su escrito: justificar el terrorismo fellagha y condenar el contraterrorismo francés. Para lo primero, encomia la figura del «fidaí», el terrorista argelino, quien «tiene una cita con la vida de la Revolución y con su propia vida», por lo cual no debe vacilar en matar a quienes «representan un obstáculo para el progreso de la Revolución». Ensalza, así, a la «joven, con una maletita en la mano», que «lleva la muerte al enemigo y la vida a la Revolución». Además de la «mujer-arsenal», elogia al «asesinato de algunos médicos en Argelia»; «el médico muerto en Argelia aisladamente —dice—, es siempre un criminal de guerra». Pero, al tratar del segundo tema, sus criterios se invierten. Para referirse a los actos de Bellounis y sus formaciones de nativos «harkis», recurre al concepto jurídico de «criminales de guerra». «Los chacales no se alimentan con leche de un día a otro, asegura. El gusto por la sangre y el crimen se ha instalado tenazmente en el corazón mismo de esas criaturas que, debe también decirse, son materia digna de ser estudiada por los alienistas» («Sociología», págs. 40, 36, 110, 111, 124). En verdad, aquí queda resaltada la tendencia a la esquizofrenia, de desdoblamiento de la facultad juzgativa, que se da en muchos revolucionarios. Como Marcuse, Fanon sostiene impávidamente que hay un «terrorismo bueno» y un «terrorismo malo»; de manera tal que cuando los franceses matan son unos chacales se-

---

(12) Pág. 124.

(13) Pág. 16.

dientos de sangre, mientras que cuando los argelinos colocan bombas o castran son unos héroes de la liberación... ¿En qué categoría ubicaría, por ejemplo, a un Ben Tobbal, llamado «el Beria del FLN» (autor de unas instrucciones para guerrilleros, cuyo número dos bis preveía la castración sistemática de los cadáveres de los soldados concriptos franceses sin excluir la posibilidad de la previa violación y abuso deshonesto)? Fanon no lo resuelve, aun cuando no ignore que se le tenía por inspirador de las «desapariciones» de Abane Ramdane y del jefe de la «Zona Autónoma» de Argel, Azzedine.

Otros tópicos que aderezan esta obra son los de la «pedagogía revolucionaria», mediante la corrupción de las costumbres de las mujeres musulmanas, y el de «la fisura» del frente civil francés. Esta segunda materia la conocía muy bien por dentro; y puede así elogiar a los «políticos europeos y funcionarios de la administración, (que) proporcionan a las células del FLN pasaportes, falsas cartas de identidad, credenciales de trabajo falsificadas»; a las «clínicas amigas» que atienden a los moudjahids; a los colonos que «ayudan financieramente a la Revolución argelina, aunque sean tildados de «comunistas»; a la «prensa democrática» («L'Express», «Le Monde», «L'Humanité»...) que informa con «objetividad» sobre la guerra; etc. (14). Objetividad que él trasunta en este párrafo: «Hoy, no hay un muerto en Argelia que no sea la víctima del colonialismo francés... y más aún: no hay un solo deceso de argelino fuera de Argelia que no se atribuya al colonialismo francés» (15). Así de grosera, es su esquematización maniquea del problema. Se podrá pretender, en su descargo, que Fanon con esto no hacía sino seguir las instrucciones tácticas de los fellaghas. Argumento que contiene su cuota de verdad; ya que, vgr., en 1957, el líder del FLN, al tiempo que desataba una feroz campaña terrorista, rogaba «a todos nuestros amigos que realicen toda la campaña que sea necesaria a fin de que la legalidad sea restablecida. En caso contrario estaremos perdidos» (cit. por R. Trinquier, *op. cit.*, pág. 91). Mas tal duplicidad operativa, en el caso de nuestro personaje, se encontraba abonada por un

(14) Pags. 56, 60, 111, 131, 133, 135.

(15) Pág. 95.

material fóbico que lo llevaba a adoptar sinceramente todas las mentiras propagandísticas.

El apogeo de la anormalidad psíquica de Fanon queda documentado en su tercer libro: «*Los condenados de la tierra*» (16). Se configura aquí su más encendido y rechinante alegato anticolonialista, que resulta más notable por cuanto él mismo ha escrito antes en «¡Escucha, blanco!»: «Yo soy francés. Estoy interesado en la cultura francesa, en la civilización francesa, en el pueblo francés... Me interesa personalmente el destino francés, los valores franceses, la nación francesa. ¿Qué me va o me viene a mí con un imperio negro?» (17). Ahora, en cambio dirá: «No perdamos el tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos. Dejemos a esa Europa... Podemos hacer cualquier cosa ahora a condición de no imitar a Europa... Tratemos de inventar al hombre total que Europa ha sido incapaz de hacer triunfar... La humanidad espera algo más de nosotros que esa imitación caricaturesca y en general obscena... El Tercer Mundo está ahora frente a Europa» (18). Es él, obviamente, más que los africanos, quien se ha zambullido en el torbellino de la pasión anticultural. Pasión desordenada que le hace faltar a toda lógica ya que comienza oponiendo cultura europea a cultura nacional, para terminar negando a la nación. En efecto: si inicialmente —y con razón— pide que se tenga presente «la necesidad de una existencia nacional cueste lo que cueste», y recuerda que «luchar por la cultura nacional es, en primer lugar, luchar por la liberación de la nación, matriz material a partir de la cual resulta posible la cultura», luego afirma que: «El nacionalismo no es una doctrina política, no es un programa... hay que pasar rápidamente de la conciencia nacional a la conciencia política y social. La nación no existe en ninguna parte, si no es un programa elaborado por una dirección revolucionaria» (19). ¿Qué explicación puede tener esto? En primer término la de la ideología hegeliano-mar-

(16) México, Fondo de Cultura Económica, 3.ª reimpresión, 1972.

(17) *Op. cit.*, págs. 187, 167.

(18) Págs. 191, 282, 291, 290.

(19) Págs. 223, 214, 185.

xista del autor que le hace creer que la nación es sólo conciencia nacional, de forma tal que ella no tendría existencia propia fuera de la cabeza de los ideólogos. Otra explicación la proporciona el folklorismo telurista que, confundido con el genuino nacionalismo, lo lleva a caer en extremos de insensatez antieuropea; fenómeno muy frecuente entre los tercermundistas que oscilan entre la xenofilia y la xenofobia, sin pasar nunca por el sentido común. Y el tercer factor es el antes apuntado del desequilibrio mental del ensayista. Geismar mismo indica que esta obra contiene «una severa autocrítica», y que «habrá quienes de esto saquen la conclusión de que el impulso revolucionario de Fanon se nutría *del odio a sí mismo*» (20). Y así es en realidad.

Donde la compulsión irreprímible que lo afectaba queda más de manifiesto es en la parte en la que expone su teoría de la violencia. «¿Cómo pasaremos de la atmósfera de violencia a la violencia en acción?», comienza por indagarse. Y se responde con el ejemplo de los Mau-Mau de Kenya, quienes, «exigían que cada miembro del grupo golpeará a la víctima». Es decir, que Fanon plantea —o replantea la tesis de Engels del «Anti-Dühring»—, la doctrina del odio colectivizado. Nos dice al respecto:

«La violencia es entendida como la mediación real... Para el pueblo colonizado esta violencia... reviste caracteres positivos, *formativos*. Esta praxis violenta es totalizadora, puesto que cada uno se convierte en un eslabón violento de la gran cadena... Iluminada por la violencia, la conciencia del pueblo se rebela contra toda pacificación... es una expresión de *una agresividad por fin socializada*» (21).

Conforme a la expresión fanoniana, sería ésta una real teoría del «chacalismo»; una convocatoria a lo peor de cada ser humano; al monstruo que duerme en cada uno de nosotros, según lo dijera Pascal; el «homo homini lupus» de Hobbes, transfigurado en el Mr. Hyde del tercermundismo. La tesis de una socialización del

(20) *Op. cit.*, págs. 185, 164.

(21) Págs. 63, 77, 85, 84, 283.

rencor, que glorifica la tiranía de la puñalada alevosa, del homicidio político proditorio e insidioso. Y, como él bien sabe, que la gente con un mínimo de sentido moral se rebela ante esa perspectiva, pasa a enumerar aquellos otros entre los cuales podría tener acogida su teoría:

«es evidente que en los países coloniales sólo el campesinado es revolucionario. No tiene nada que perder y tiene todo que ganar. El campesino, el *declassado*, el hambriento, es el explotado que descubre más pronto que *sólo vale la violencia...* que el colonialismo no cede sino con el cuchillo al cuello... es en esa masa, en ese pueblo de los cinturones de miseria, de las casas de lata, en el seno del *lumpenproletariat* donde la insurrección va a encontrar su punta de lanza urbana... *los jóvenes granujas* que perturban el orden establecido... Ese lumpenproletariat, como una *jauria de ratas*, a pesar de las patadas, de las pedradas, siguen royendo las raíces del árbol... significa la probredumbre irreversible, la gangrena... También las prostitutas... las desesperadas, *todas y todos los que oscilan entre la locura y el suicidio...* Todo movimiento de liberación nacional debe prestar *el máximo de atención*, pues, a ese lumpenproletariat. Este siempre responde a la llamada a la insurrección» (22).

«El proletariado de la canalla», la «golfocracia», de la que hablara Carlos Marx, despectivamente, en «El Manifiesto Comunista» y en la «Lucha de clases en Francia»; los «declassés», reciben aquí el espaldarazo de la teorización revolucionaria, para ser promovidos a genuinos redentores de la Humanidad. Enfrente de estos «miserables de la periferia», Fanon coloca a los obreros organizados: «el proletariado tiene mucho que perder». Porque, además, «son esos elementos (obrerros) los partidarios más fieles de los partidos nacionalistas» (23). No tanto cuanto obreros sino por nacionalistas; porque: «¿Qué es el nacionalismo? ¿Qué ponen ustedes detrás de esa palabra? ¿Qué contiene ese vocablo? ¿Independiente para qué?», se interroga —angustiadamente— Fanon (24).

(22) *Op. cit.*, págs. 62, 110, 100, 113, 118, 119, 120.

(23) Págs. 125, 54.

(24) Pág. 114.

El martiniqués afrancesado y renegado no podía entender la relación que se establece entre el hombre y la tierra en que ha nacido. De ahí estas preguntas insensatas, que sólo un paria podía formularse. Y como no entiende que los árabes o los africanos se juegan la vida por su patria, él, que dice acompañarles en su empresa de «liberación», en realidad se dedica a criticarles y censurarles. «La furia de Fanon —observa Geismar— se dirige contra las nuevas burguesías que esperan gobernar después de la independencia» (25). «La traición no es nacional, es una traición social», grita tratando de desviar la lucha planteada hacia el socialismo. Pide que los «activistas» controlen y orienten el movimiento «transformándolo así en guerra revolucionaria»; que se erijan «tribunales revolucionarios» y «legiones de comisarios políticos», y que las masas sean encuadradas por «los intelectuales altamente conscientes y armados de principios revolucionarios». Esta es la faz más utópica de su alegato. Este «*Rousseau negro*», como lo llamara François Bondy, en plena vorágine bélica quiere suprimir a los dirigentes naturales de los pueblos que luchan por su emancipación. Para ello sienta otro dogma socialista: «la burguesía nacional de los países subdesarrollados es incapaz de cumplir ninguna misión» (26); y aconseja un mecanismo democrático-utopista: «las masas deben poder reunirse, discutir, proponer, recibir instrucciones... El combate colectivo supone una responsabilidad colectiva en la base y una responsabilidad colegiada en la cima» (27). Si se recuerda la entidad del lumpen al que están destinadas estas exhortaciones de «responsabilidad», se tendrá una idea aproximada de la quimera contradictoria que enfebrecía su imaginación. El coronel Boumediene, en la Argelia «liberada», encarcelando a Ben Bella de por vida por el delito de «charlatanismo», y eliminando a los otros «jefes históricos» (Ben Keddha, Krim Belkacem, Ferhat Abbas, etc.), ha proporcionado una respuesta adecuada a las ilusiones de Fanon.

Presintiendo, quizás, el fracaso de sus esperanzas argelinas, Frantz

---

(25) *Op. cit.*, pág. 188.

(26) Pág. 156.

(27) Págs. 177, 182.

Fanon vuelca sus últimas energías en trabajar a favor de un movimiento socialista panafricano. De esto da buena cuenta su libro *«Por la revolución africana»* (28). En Guinea y en Ghana se vincula a Sékou Touré y a Kwame Nkrumah y a otra serie de políticos marxistas, y sus destempladas opiniones, tajantes y cargadas de ira, las va llevando al papel. Es Geismar, nuevamente, quien nos comunica que se trata de un *«outil de combat»*, un acto de «un brillante propagandista revolucionario, con el que quería despertar la furia de los explotados», para convertirlos al socialismo (29). Pero el diplomático Fanon es otro fracaso: adquiere «fama por su violenta hostilidad social», por sus «acostumbrados accesos de furia», y, sobre todo, «Fanon subestimó los factores capaces de deteriorar el radicalismo supranacional: el egoísmo de ciertos líderes, la profunda influencia de las distintas tradiciones coloniales, la hostilidad entre los pueblos musulmanes y los no musulmanes, etc.» (30). Sólo queda como saldo de esa gestión y del libro que la relata el retorno, un eterno-retorno, a la «negritud» que desde niño lo atormentaba.

Y viene el último acto, envuelto, como todos los suyos, en la paradoja. El panegirista del lumpen, que encargaba su ropa de medida a Europa, el enemigo jurado de Norteamérica —«el país de los linchadores»—, cuando se siente enfermo, busca el auxilio de Roberto Holden, para que a través de él la CIA lo salve. Conseguida su internación en EE. UU. exclama: «Lo que me irrita... es que me estoy muriendo en Washington de leucemia... podría haber muerto en el campo de batalla, luchando contra el enemigo» (¡¡!!). Lo que sucede es que a la enfermedad del cuerpo le ha ganado a la de la psiquis. En el hospital —hasta donde lo sigue su devoto Geismar— «pensó que las frecuentes transfusiones de sangre obedecían a *un complot para convertirlo en blanco*». El trauma racial, como el cáncer, lo había devorado.

Su obra, dice un discípulo argentino, adolece de una «perturba-

(28) México, fondo de Cultura Económica, 1965.

(29) *Op. cit.*, pág. 195.

(30) P. Feismar, *Op. cit.*, págs. 130, 168.

(31) Págs. 182, 181.

dora falta de unidad»; no obstante lo cual, su meollo reside en «destacar el papel educador y moralizador de la violencia» (32). Ese es, en efecto, su mensaje definitivo a sus partidarios tercermundistas: el de la ira homicida. Como él despreciaba a las religiones, que no hacen sino «ofrecer la otra mejilla» (33), y como según las fotos presentaba desde joven un profundo corte en su mejilla, quizás por eso también prefirió tajearse su alma con un cuchillo ideológico. Odiando sin límites, no hacía, en el fondo, sino odiarse a sí mismo. Una trágica y amarga lección la suya.

---

(32) Carlos A. Fernández Pardo, *Frantz Fanon*, Bs. As., Galerna, 1971, pág. 89.

(33) «Los condenados de la tierra», pág. 59.